

Domingo Ródenas de Moya *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges*

Simone Cattaneo

Università degli Studi di Milano, Italia

Reseña de Ródenas de Moya, D. (2023). *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges*. Barcelona: Anagrama, 577 pp.

Lo que de inmediato llama la atención del eruditísimo ensayo de Domingo Ródenas de Moya, además de su solidez y amplitud de mirada, es el intento por desvincularse de una escritura excesivamente académica, optando por entremezclar la rigurosa perspectiva del investigador con la del novelista resabiado, consciente de que los personajes que maneja se labran a golpes de luces y sombras. Para que la figura de Guillermo de Torre –y la de Jorge Luis Borges– descuelle iluminada por los avatares exteriores que sufrió en unas épocas convulsas y por unos tormentos interiores que nunca le abandonarían, el autor elige aprovechar dos líneas temporales que siguen caminos opuestos, ya que alterna unos capítulos centrados en los años finales de la vida de Torre con otros en que se respeta la cronología habitual de las biografías. De esta manera, siguiendo a Kierkegaard (11), el presente sirve para dar sentido a un pasado en que el modelo anhelado de uno mismo todavía era una incógnita.

Semejante impostación no solo ameniza la obra, sino que le permite a quien lee comulgar con una atmósfera elegíaca elaborada por la



Edizioni
Ca' Foscari

Submitted 2024-06-24
Published 2024-12-09

Open access

© 2024 Cattaneo | CC BY 4.0



Citation Cattaneo, S. (2024). Review of *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges*, by Ródenas de Moya, D. *Rassegna iberistica*, 47(122), 363-366.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2024/23/007

363

lanzadera de una memoria que teje el tapiz de una existencia formada por múltiples fibras, colores y desgarraduras. Precisamente en esta pluralidad de hilos de los que tirar estriba una de las principales cualidades de *El orden del azar*, puesto que es casi un borgeano libro de libros que despliega un sinfín de senderos que se bifurcan. Uno de dichos caminos podría ser el de un precoz Guillermo de Torre, sumido en un torbellino de experimentación marcado por excitantes intuiciones –el ultraísmo–, tanteos o chascos inesperados –*Hélices* (1923), editado espléndidamente por el mismo Ródenas de Moya en Cátedra en 2021– y de febriles intercambios epistolares con destacados miembros internacionales de las vanguardias que le consentirían adquirir una amplísima cultura sobre los movimientos literarios de su tiempo que en 1925 cuajaría en el volumen *Literaturas europeas de vanguardia*.

Otra senda al alcance del lector sería la de las publicaciones periódicas de aquel entonces, porque casi no hubo revista en que ese joven verborreico e insolente no intentara o consiguiera escribir, amén de las que procuró fundar. Un ulterior itinerario, en un juego de espejos entre Europa y América Latina, lo ofrecerían el ambiente intelectual argentino y el florecimiento de una industria editorial de los que Torre fue una pieza cabal en tanto que catalizador de talentos y saberes. Por no hablar de la compleja relación artístico-familiar entre él y Borges, caras de una misma moneda en cuyo anverso habría un crítico literario agudo y extrovertido, mientras que en su reverso campearía un escritor colosal, pero hosco e inseguro. No por nada, con el transcurrir del tiempo, sus lazos juveniles se aflojarán y se verán unidos solo por la delicadeza luminosa de Norah, en cuyos óleos se reflejan tanto su sensibilidad pictórica como el profundo amor que sentía por el marido, enésima narración que recorre en filigrana las más de quinientas apabullantes páginas de *El orden del azar*.

Sin embargo, el verdadero meridiano que atraviesa de norte a sur el texto que nos ocupa es el modelo de crítico literario encarnado por Guillermo de Torre porque él se convierte en un ejemplo a seguir con su inteligente curiosidad que rechaza cualquier cerrazón sectaria –tan atávica en las letras peninsulares– para tender puentes entre ambas orillas del océano Atlántico, sin renunciar nunca a unos principios que ya había fijado en sus pinitos de poeta abocado al fracaso –«no traicionar el mandato del momento histórico» y «evitar las connivencias con las pulsiones antihumanistas del mundo moderno» (29)– y de los que no renegará ni siquiera en los momentos de mayor crispación política –reivindicando el compromiso personal pero rehusando la sumisión del arte a cualquier dogma– ni durante su plenitud de intelectual consciente de que las responsabilidades respecto al medio en que vive y a quienes va dirigido su discurso le obligan a dos deberes insoslayables: «ubicar la obra en su contexto [...] y aquilatar, con argumentos, su valor estético (399)». Unas enseñanzas que Ródenas de Moya ha asimilado con creces y que en su

imprescindible ensayo aplica a rajatabla -y sin descuidar la vertiente ética- a la hora de sustraer de la amenaza del olvido a una de las personalidades más emblemáticas de la literatura hispánica del siglo XX para volver a ponerla en el centro de esa renovación de las artes y del pensamiento que se dio en tierras europeas e ibéricas antes del estallido de la Guerra Civil y que, tras cuatro décadas de subsistencia guadianesca, pudo ser retomada como impulso de una Modernidad que había quedado pendiente.

